

UN PRECEDENTE DE LA OCUPACIÓN ITALIANA DE LIBIA. LA EXPEDICIÓN NAVAL DE LAS DOS SICILIAS CONTRA TRÍPOLI EN 1828 Y EL TRATADO DE PAZ NAPOLITANO-TRIPOLINO DEL MISMO AÑO, A TRAVÉS DE LA DOCUMENTACIÓN DIPLOMÁTICA ESPAÑOLA

*A precedent of the Italian occupation in Lybia. The naval expedition of the Two Sicilies against Tripoly in 1828 and the Treaty of peace of the same year, according to the Spanish diplomatic documentation*

Juan B. VILAR  
*Universidad de Murcia*

Fecha de aceptación definitiva: junio 2005

RESUMEN: A comienzos del siglo XIX sobrevivían en los estados musulmanes del norte de África algunas prácticas poco compatibles con el derecho internacional occidental tales como el corso indiscriminado contra la navegación mercante, el cautiverio y rescate de cristianos, y el sistema de *regalos* o compra de la paz mediante un tributo preceptivo. Entre esos países se hallaba la Regencia turca de Trípoli, regida desde 1711 por bajáes autónomos de la familia Caramanli. Sin embargo tres expediciones enviadas contra Trípoli por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Piemonte-Cerdeña en 1804-1805, 1816 y 1825 lograron la abolición de tales prácticas en relación con esos tres estados y sus países protegidos. El Reino de las Dos Sicilias, sin duda el estado italiano más afectado por las depredaciones

tripolinas en razón de su proximidad geográfica, quiso obtener similares resultados mediante una expedición naval contra ese país enviada en agosto de 1828. Sin embargo la empresa no tuvo éxito y Nápoles tuvo que negociar a través de Francia una paz poco ventajosa. El presente estudio se fundamenta en un amplio abanico de fuentes manuscritas, impresas y bibliográficas de diversa procedencia (italianas y francesas fundamentalmente), pero sobre todo aporta una visión nueva de la cuestión de referencia a través de fuentes españolas inéditas.

*Palabras clave:* Dos Sicilias, Trípoli, Libia, Francia, Nápoles, Mediterráneo, 1828, comercio, corso y piratería, relaciones internacionales.

ABSTRACT: At the beginning of the XIXth c., in the Muslim estates of Northern Africa, there were some old practices left, such as the piracy practice, the captivity-rescue of Christians or the tribute systems to guarantee peace. Among those countries, it is worth mentioning the Turkish Regency of Tripoli, ruled by the autonomous «bajaes» of the Caramanli family. However, three expeditions against Tripoli sent by the USA, the U.K. and Piamonte-Cerdeña in 1804-1805, 1816 and 1825 achieved to abolish such practices. Moreover, the Reign of the two Sicilies, no doubt the most affected Italian estate by the Tripoli piracy practice, made its best to obtain similar results by sending a navy expedition against that country in August of 1828. However it did not succeed and Napoles had to negotiate a little profitable peace via France. In the present paper a wide range of Spanish unpublished sources had been used.

*Keywords:* Two Sicilies, Tripoli, Libya, France, Naples, Mediterranean, 1828, trade, piracy, international relationships.

## PLANTEAMIENTO

El Reino de Nápoles (refundado como de las Dos Sicilias con ocasión de la restauración borbónica de 1815) tuvo siempre unas relaciones de vecindad tensas y difíciles con la Regencia turca de Trípoli.

Durante el dominio de ese país norteafricano por los bajaes autónomos de la familia Caramanli, colocados bajo la soberanía nominal de la Puerta otomana pero de hecho independientes de Turquía entre 1711 y 1835, esas relaciones empeoraron sensiblemente. Sin duda porque la economía tripolina durante tan prolongado periodo descansó más sobre el sistema de *regalos* (compra de la paz mediante la satisfacción de una suma en metálico o en especie, de cuantía y periodicidad variable, práctica vejatoria a que se veían reducidas las pequeñas y medianas potencias marítimas desprovistas de poder naval disuasorio suficiente para hacerse respetar) y sobre las depredaciones del corso contra la navegación internacional (apresamiento de buques de cuantos países se resistían a *comprar* la paz con Trípoli, con la consiguiente declaración de buena presa de barcos, tripulaciones, pasajeros y cargamentos, y reducción a esclavitud de los apresados,

liberados en su caso mediante fuertes rescates) que en actividades económicas normales.

Consciente de la inviabilidad de esas prácticas a medio plazo, el bajá Ali Caramanli intentó sustituirlas con otras compatibles con el derecho internacional, buscando a tal fin recursos alternativos. Sus esfuerzos en tal dirección, desplegados durante las dos décadas finales del siglo XVIII al objeto de modernizar la economía de su país, pasaban necesariamente por la normalización de sus relaciones con las potencias occidentales, y por la supresión de *regalos* (excepto los obsequios a título voluntario) y del corso, ingresos sustituidos por los que era de esperar habrían de obtenerse de un sistema regular de impuestos y de los aranceles sobre el comercio marítimo.

Sin embargo la reforma no dio los resultados apetecidos. De un lado por la resistencia de la población sometida árabe-bereber a satisfacer tributos estables a los que no estaba habituada, por lo que solo pudieron ser obtenidos de forma esporádica e irregular mediante costosas expediciones punitivas. Y de otro, porque el comercio caravanero con el Sahara y el Sudán (tráfico de esclavos, sal, oro en polvo, pluma de avestruz) y el marítimo desde Trípoli, Derna y Benghazi, únicos puertos practicables, se hallaban sometidos a un rígido intervencionismo estatal atento a preservar intereses monopolísticos de la familia Caramanli en perjuicio de la libre competencia y de la iniciativa privada, aparte de que la propia pobreza del país (producción de cera, dátiles, miel, cueros..., en cortas cantidades) restaba interés a las actividades mercantiles. Tanto era así que la mayoría de los buques europeos y levantinos que llevaban a Trípoli subsistencias, manufacturas, armamento y otro equipo tenían que regresar en lastre a sus puntos de procedencia.

Ello determinó que el nuevo bajá Yusuf Caramanli, desde su entronización en 1795, regresara progresivamente a los *regalos* y el corso, no obstante la resistencia de las potencias marítimas a consentir prácticas reputadas de ominosas e intolerables, ni a permitir el cautiverio de cristianos. De ahí sucesivos bloqueos y bombardeos de Trípoli por las escuadras norteamericana (1804-1805), británica (1816) y sarda (1825), seguidos de la satisfacción momentánea de reivindicaciones concretas, pero que no lograron erradicar por completo los *regalos*, el corso y los rescates de cautivos.

Esas lacras eran sufridas sobre todo por estados que carecían de relaciones diplomáticas con la Regencia de Trípoli, la cual los consideraba en situación técnica de guerra con ella, o bien aquellos otros representados indirectamente a través del Reino Unido, Francia, España o Piamonte-Cerdeña, garantía no siempre suficiente para ponerse a salvo de los desmanes del corso. Entre estos el Reino de las Dos Sicilias, en frecuentes situaciones de ruptura con la Regencia norteafricana, y cuya navegación sufrió mucho de la vecindad tripolina hasta el derrocamiento de Yusuf Bajá en 1832, y la expulsión final de los Caramanli y el restablecimiento de la plena soberanía otomana tres años más tarde, con la consiguiente abolición definitiva de *regalos*, corso, cautiverios y rescates.

Antes de que esto sucediera, el Reino de las Dos Sicilias, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Piamonte-Cerdeña en años inmediatamente anteriores, envió una escuadra contra Trípoli en agosto de 1828, al objeto de poner a cubierto su navegación de las frecuentes arremetidas del corso tripolino. Fue esta la última acción bélica europea contra el declinante estado autónomo de los Caramanli, llamado a desaparecer siete años después.

#### NÁPOLES Y TRÍPOLI, UNA VECINDAD CONFLICTIVA

Carlos VII de Nápoles (más tarde Carlos III de España), en el trono napolitano desde 1734, incluyó entre sus prioridades de política exterior la normalización de relaciones con la Regencia turca de Trípoli, requisito imprescindible para garantizar la seguridad en los mares inmediatos a su reino, y muy especialmente en aguas de Sicilia. Tal objetivo venía a anticipar la línea política que respecto a éste y los otros países magrebíes habría de seguir años más tarde al acceder al trono español. Con tal finalidad suscribió un tratado de paz, amistad y comercio napolitano-tripolino en 3 de junio de 1741 que por el momento garantizó cordiales relaciones entre los dos países<sup>1</sup>, se procedió a la apertura de consulados<sup>2</sup> y fueron previstos mecanismos para resolver pacíficamente los contenciosos que pudieran plantearse en el futuro.

Pero como era de esperar a la vista de un pasado conflictivo varias veces centenario, las nuevas relaciones no resultaron todo lo pacíficas y satisfactorias que fuera menester. Antes al contrario, más bien pródigas en incidentes, sobresaltos y rupturas. Sobre todo por la supervivencia de hábitos corsarios por ambas partes, pero especialmente del lado tripolino, y por la propia realidad geográfica de ambos países, cuya vecindad propiciaba frecuentes incidentes, en especial los relacionados con el tráfico marítimo. Como quiera que en las décadas que siguieron al tratado los cónsules fueron retirados varias veces y restablecidos otras tantas, era frecuente que los contenciosos planteados tuvieran que ser resueltos a través de intermediarios, o bien mediante embajadas especiales<sup>3</sup>.

La normalización de relaciones entre el Reino de España y la Regencia norteafricana mediante un tratado suscrito en 1784<sup>4</sup>, tuvo entre sus efectos inmediatos

1. FILESI, T.: «Un interessante capitolo delle relazioni tra Napoli e Tripoli: 1739-1747», *Clio*, vol. VI, 1971, pp. 205-52; FILESI: «Un ambasciatore tripolino a Napoli e un console napoletano a Tripoli nel 1742 (dar carteggio dell'Archivio di Stato di Napoli)», *Africa. Rivista trimestrale di Studi e Documentazione dell'Istituto Italiano per l'Africa e l'Oriente*, vol. XXVI 1971, pp. 157-86.

2. BUONOCORE, F.: «Consoli o procuratori di Tripoli e di Tunisi nelle Due Sicilie», *Africa. Rivista...*, vol. XXXI, 1976, pp. 257-76.

3. BONO, S.: «Il Regno delle Due Sicilie e il Maghreb, 1734-1799», *Levante. Centro per le Relazioni Italo-Arabe*, vol. XXIV, nº 2-3, 1977, pp. 27-35.

4. *Real Cedula | de S.M. | y señores del Consejo, | por la qual se manda guardar, cumplir y | observar el Tratado de Paz y Amistad, ajustado entre esta | Monarquía, y el Bey y Regencia de Trípoli, y que se pro | ceda en los casos que ocurran con arreglo a su literal te | nor que vá inserto, castigando rigurosamente | a los contraventores en la conformidad | que se expresa*. Madrid. 1784. Ediciones y

un acuerdo similar de Nápoles con Trípoli según el modelo mencionado, negociado por los españoles y formalizado en 28 de agosto del siguiente año<sup>5</sup>. Una mediación hispana que contaba con el precedente de la que posibilitó dos años antes un tratado similar entre las Dos Sicilias y Marruecos<sup>6</sup>. Sin embargo las relaciones entre Trípoli y Nápoles no se normalizaron plenamente hasta la llegada a esta capital de una embajada enviada expresamente en 1789 por el bajá Ali Caramanli al objeto de examinar y resolver las cuestiones pendientes<sup>7</sup>.

Con el advenimiento de Yusuf Caramanli en 1795 como nuevo titular del bajalato tripolino se reactivó la conflictividad con las Dos Sicilias y otros estados europeos con presencia en el Mediterráneo central en la medida en que fue recrudesciéndose el curso al tener que regresar el nuevo bajá a las fuentes de financiación tradicionales por considerar insatisfactorios los resultados de la reforma administrativa y fiscal introducida por su predecesor. De la considerable incidencia sobre el reino meridional italiano de la inseguridad en esos mares da idea el elevado componente siciliano-napolitano entre los cautivos cristianos existentes en Trípoli. Hasta el punto de ser con mucho el grupo nacional más numeroso, según lo acredita el elevado porcentaje de los de esa procedencia entre la totalidad de los computados en 1804-1805, 1816 y 1825, puestos en libertad por las expediciones punitivas norteamericana<sup>8</sup>, británica<sup>9</sup> y sardo-piamontesa<sup>10</sup> confiadas a los almirantes William E. Eaton, lord Edward Pellew-Exmouth y

---

estudios posteriores del mismo en CANTILLO, A. del: *Tratados, Convenios y Declaraciones de Paz y de Comercio que han hecho con las potencias extranjeras los Monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año 1700 hasta el día*. Madrid. 1843, pp. 590-94; EPALZA, M. de: «El primer Tratado de Paz hispano-libio de 1784 (1198 Hégira)», *Hispania. Revista Española de Historia*, n° 44 1984, pp. 277-319. Del mismo autor y sobre similar temática véase otro estudio en árabe en *Revue d'Histoire Magrebine*, n° 17-18, 1980, pp. 33-68.

5. *Tratado | de Paz y Amistad | entre | Su Magestad Siciliana | y el Baxá, Bey, y Regencia de Tripoli | concluido a 28 de Agosto de 1785. | Trattato | di Pace, e di Amicizia | tra | Sua Maestà Siciliana | e il Bassà, Bey, e Reggenza di Tripoli | conchiuso à 28 di Agosto 1785*. Napoli. M. DCCLXXIX.

6. ARRIBAS PALAU, M.: «La accesión de Fernando IV de Nápoles al convenio de Aranjuez y el tratado de 1782 entre Marruecos y el Reino de las Dos Sicilias», *Hesperis*, vol. IX, 1968, pp. 233-88. Sobre el funcionamiento ulterior de tal acuerdo véase IANNETTONE, G.: *Il Marocco negli atti consolari del Regno delle Due Sicilie (dal trattato del 1782 a quello del 1834)*. Napoli: 1967.

7. FILESI, T.: «Un ambasciatore tripolino a Napoli nel 1789. (Dai documenti dell'Archivio di Stato di Napoli)», *Africa. Rivista...*, vol. XXXII, 1977, pp. 336-54.

8. EDWARDS, S.: *Barbary General. The Life of William E. Eaton*. Englew Cliffs. 1968; CASTOR, H.: *The Tripolitanian War. 1801-1805*. New York. 1971; MALOUF-LIMAN, H.: «The Mission of the American Squadron in the Mediterranean: 1790-1805», *Revue d'Histoire Magrebine*, n° 15-16, 1979, pp. 83-91.

9. Véase FISHER, G.: *Barbary legend. War, trade and piracy in North Africa, 1415-1830*. Oxford: 1957.

10. Véase un interesante informe sobre esa acción naval en la documentación de la Legación francesa en Turín remitida al Quai d'Orsay: AaE, Fonds Divers, n° 22 (Sardaigne): *Expédition sarde à Tripoli, 1825*. Una visión de esta empresa desde las fuentes sardo-piamontesas puede verse en E. PRASCA, «La spedizione della Regia Marina sarda a Tripoli nel 1825», *Resegna Nazionale*, vol. XXXIV, n° 183, 1912, pp. 182-211, citado por BONO, S.: *Storiografia e fonti occidentali sulla Libia (1510-1911)*. Roma. 1982 (n° 2 —Nuova serie— del *Quaderni dell'Istituto Italiano di Cultura di Tripoli*), pp. 43-46, quien remite a la bibliografía disponible sobre el tema, al tiempo que subraya el carácter de notable

Francesco Sivori. Otro tanto sucedía en las restantes Regencias turcas del Magreb. De los 1.642 cautivos europeos liberados por Exmouth en Argel al término de su incursión contra esa ciudad en 1816, 1.110 eran napolitano-sicilianos<sup>11</sup>.

En la correspondencia de los cónsules de España en Trípoli se contienen frecuentes referencias a sus colegas de Nápoles, con quienes mantuvieron siempre las cordiales relaciones lógicas entre representantes de dos países unidos por estrechos lazos dinásticos. Hasta el punto de ejercer los cónsules españoles una cierta protección sobre los intereses del país amigo, de los que invariablemente solían hacerse cargo en el caso de retirada o ausencia del agente napolitano. Esta función pasó al representante del Reino Unido a partir de la crisis peninsular de 1808-1813 y posterior reducción de España a pequeña potencia en la Europa de Viena.

En adelante los asuntos del reino de las Dos Sicilias fueron confiados a George H. Warrington, largos años en Trípoli y sin duda el diplomático europeo más influyente y respetado en la Regencia, negociador del tratado siciliano-tripolino de 1846, y quien a su vez tenía encomendada la representación de casi una veintena de países, en su mayoría pequeños estados alemanes e italianos, pero también grandes potencias sin especiales intereses en ese apartado país mediterráneo tales como Austria, Prusia y Rusia. En esa lista de representados se contaba a también la Santa Sede, con Prefectura Apostólica y Misión franciscana en Trípoli (con funciones de parroquia católica que atendía a un millar de europeos, en su mayoría malteses e italianos, pero también de otras procedencias, incluido un centenar de españoles<sup>12</sup>), hasta que en 1825 Roma optó por encomendar sus asuntos en ese país a Francia y a su entonces cónsul general el orientalista Jean-Baptiste Rousseau. Sin duda prefiriendo verse representada por una potencia católica<sup>13</sup>, que era además protectora nata de los católicos y sus intereses en todo el Imperio otomano.

Otro tanto estaba llamado a suceder con Nápoles desde que en diciembre de 1826 Londres ordenase al cónsul G.H. Warrington que dejara la representación permanente de determinadas potencias que carecían de la misma. Ese acuerdo no se debía tanto al deseo de economizar gastos como para eludir frecuentes

---

precedente de la expedición de 1825 respecto a la de 1911 contra Trípoli, punto de arranque de la ocupación italiana de Libia.

11. PLAYFAIR, R. L.: *The scourge of christendom. Annals of british relations with Algiers prior to the french conquest*. London: 1884, p. 274.

12. VILAR, M<sup>a</sup>. J.: *Migraciones y Relaciones internacionales. La colonia española de Trípoli de Libia, paradigma de colectivo europeo en el África mediterránea en el siglo XIX (1784-1870)*. Madrid: Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales, 2005. En prensa. Véase también de la misma autora: «El Consulado General de España en Trípoli de Berbería y la Capilla consular o *Iglesia Española*», *Dirâsât fî al-atbâr wa-l-naqâ'ish wa-l-târîj, takrîman li-Sulaymân Mustafâ Zbiss. Mélanges d'Archéologie, d'Épigraphie et d'Histoire offerts à Slimane Mustapha. Zbiss*. Tunis: Institut National du Patrimoine, Ministère de la Culture, République Tunisienne. 2001, pp. 333-347.

13. VILAR, J. B.: «La Misión franciscana de Trípoli de Berbería en el siglo XIX, en la correspondencia oficial de los cónsules de España», *Archivum Franciscanum Historicum*, n<sup>o</sup> 93, Roma, 2000, pp. 469-501. Del mismo autor, véase: «El Cementerio Católico de Trípoli de Berbería a mediados del siglo XIX», *Dirâsât (...) Mélanges (...) Offerts à S.M. Zbiss...*, op. cit., pp. 319-332.

conflictos ajenos a los intereses británicos. En ese momento el representante inglés tenía encomendados, aparte los asuntos de su país, los de Rusia, Austria, Hannover, Países Bajos, Portugal, Toscana y Dos Sicilias.

#### ENTRE EL COMERCIO Y EL CORSO O LA CRISIS PERMANENTE

Los daños del corso tripolino a la navegación siciliana eran continuos. Las noticias sobre presas de esta nacionalidad contenidas en los despachos del cónsul español en Trípoli son continuas no obstante la teórica situación de paz entre Nápoles y la Regencia. Ni siquiera los buques armados se veían libres de ese acoso.

Solamente en el primer semestre de 1800, en plena paz, fueron apresados y conducidos a Trípoli tres buques de esa nacionalidad. Entre ellos un jabeque con cuatro cañones cargado con pipas de aceite, sorprendido en la costa de Sicilia cuando se hallaba al ancla y sin tripulación, y otro buque de igual clase y armamento, que de regreso de Trieste fue abordado a la vista de la costa siciliana, a donde huyó la tripulación para no caer en cautividad, abandonando el buque y un rico cargamento de cristalería, ruibarbo, quina, tamarindo, canela, incienso, clavo, carmín, cera, esponjas, madera de boj, hoja de lata, hilo de latón, galón de oro, tejidos de seda, lienzos, muselinas y relojes, todo lo cual, conducido a Trípoli, fue dado por buena presa.

Casos como éste ponía de manifiesto que armar los mercantes no era solución suficiente para garantizar su seguridad, dado que los pacíficos marinos suritalianos pocas veces se arriesgaban a hacer frente a sus agresores si tenían tierra a la vista y la posibilidad de ponerse a salvo ante el riesgo de perder la vida o la certeza de ser conducidos a África para sufrir un duro cautiverio. Se entiende, por tanto, que cuando en octubre del mismo año una polacra napolitana, que llevaba un cargamento de azufre y de subsistencias, se topó con una simple barca tripolina que hubiera podido hundir fácilmente con sus cuatro cañones en el caso de haberle hecho frente, la tripulación optara por buscar refugio en la costa, abandonando a los agresores buque y cargamento. El cónsul español en Trípoli, al informar a su gobierno sobre el caso, referiría el terror que los corsarios de ese puerto despertaban en las poblaciones del sur de Italia, acostumbradas a sufrir sus desmanes. «Esta polacra —subraya un tanto irónicamente<sup>14</sup>— fue presa por una lancha que no lleva[ba] más que dos pedreros en la proa y 18 hombres de tripulación, de manera que a espuestas de trigo podían haber echado a pique al corsario».

El cónsul informante olvidaba que las reticencias a navegar en los mares de Levante por el alto riesgo que conllevaba, y no solo por temor al corso tripolino, era general entre los marinos europeos de la época, incluidos los españoles.

14. AHN, Estado (Trípoli), leg. 6240<sup>1</sup>: F. Ortiz de Zugasti al ministro de Estado, Trípoli 30 julio 1800.

Cuando en la primavera de 1801 un mercante se hizo a la vela en Mahón con rumbo aparente a Sicilia, si bien su destino era Egipto, al alejarse de Mesina fue sorprendido y capturado por unos corsarios que lo condujeron a Trípoli. Como quiera que España se hallaba en paz con esa Regencia magrebí, el buque, su tripulación y cargamento no pudieron ser declarados buena presa, siendo devueltos al cónsul, quien ordenó que prosiguiera viaje a Alejandría.

Ahora bien, la tripulación se negó a embarcarse con tal rumbo, alegando el engaño de que había sido objeto, «... que nuestro destino era para Sicilia y no para Levante, y nos embarcamos [en Mahón] con pacto de ir a dicha Sicilia, y fuimos a Palermo, y salimos de Palermo pensando que íbamos a Mesina. Pasando adelante queríamos volver atrás..., y el día 12 del corriente fuimos apresados por un corsario de Trípoli, a donde fuimos conducidos y tratados [aquí] como unos esclavos...»<sup>15</sup>. En vano el capitán se esforzó en hacerles entrar en razón: «... se me ha protestado la tripulación junta, del mismo modo o peor que [lo hizo] a presencia de V —informaría al cónsul<sup>16</sup>—, alegando haber sido engañados y prefiriendo el más cruel castigo [a seguir adelantel. Les he hecho los más vivos esfuerzos y reflexiones, no omitiendo prometerles aumento de salario, pero nada he podido alcanzar». Intentaron entonces cónsul y capitán motivarles por el lado patriótico, haciéndoles saber que el buque llevaba una misión especial y también un cargamento especial (posiblemente armas y vituallas para los franceses, entonces aliados de España, que operaban en Levante), y que si persistían en su actitud sediciosa y amotinada, de regreso en Mahón serían sometidos a consejo de guerra tan pronto desembarcasen. Todo fue en vano y dieron la vuelta.

Tras el duro y aleccionador castigo infligido por la expedición Exmouth a Argel en 1816 y su visita a las radas de Túnez y Trípoli, con la consiguiente liberación general de cautivos e imposición de garantías para el futuro mediante diferentes tratados con los hasta el momento casi inermes estados italianos, ahora bajo protección británica, algo mejoraron las relaciones de vecindad entre Trípoli y Dos Sicilias. Pero la navegación siciliana, bajo el peso de una nada grata memoria histórica, se retraía de frecuentar las aguas tripolinas. La mayor parte del comercio italiano con la Regencia norteafricana corría por cuenta de los sardopiamonteses (genoveses sobre todo), si bien algunos buques napolitanos —se lee en un despacho español de 1819— tocaban en Trípoli «... trayendo cargamentos de grano de Levante»<sup>17</sup>.

En el siguiente año, sobre 141 buques que entraron en Trípoli, 20 fueron italianos (sardos en su mayoría), de los cuales solamente uno con bandera de Dos Sicilias, que descargó un cargamento de arroz y zarpó con otro de cebada y habas<sup>18</sup>. En 1822 entraron 94 embarcaciones, de las cuales 20 italianas. Entre las

15. *Ibidem*: Declaración de la tripulación del pingue *San Antonio*, Trípoli 22 junio 1801.

16. *Ibidem*: El capitán Baltasar Arnau al cónsul de España, Trípoli 21 junio 1801.

17. *Ibidem*, leg. 6240<sup>2</sup>: J. Gómez Herrador al duque de San Fernando y Quiroga, Trípoli 30 diciembre 1819.

18. *Ibidem*, leg. 6241<sup>2</sup>: *Relación de buques mercantes que han entrado y salido de este puerto, Trípoli, 1820*.



mismas tres napolitanas «... cuyos cargamentos consistían en madera, lana, cebada y algunas manufacturas». Uno quedó en puerto hasta el siguiente año, otro zarpó cargado de rubia, sal y pluma de avestruz, y el tercero en lastre<sup>19</sup>. En 1823 sobre 72 buques arribados, 27 eran italianos, de los cuales nueve napolitano-sicilianos cargados de cereales, leguminosas, manteca y abalorios, para hacerse luego a la mar con rubia, ganado bovino y otros productos del país<sup>20</sup>. Bien es cierto que la mayor parte de esos mercantes no comerciaban directamente con Italia sino que, de igual forma que los llegados de Mahón y otros puntos de Baleares, o los griegos, ingleses y franceses, hacían tráfico de intermediarios con los puertos de Túnez y Levante.

En años posteriores la presencia italiana en el tráfico europeo con Trípoli se incrementa, sobre todo tras la enérgica acción naval sardo-piamontesa en 1825 contra ese puerto. Pero la presencia en el mismo de buques con bandera de las Dos Sicilias seguirá siendo casi testimonial, no obstante ser el estado italiano inmediato a ese país. Así en 1828 sobre 82 mercantes entrados, de los cuales 32 italianos, solo tres eran napolitanos. Hay que decir que también lo hicieron 42 buques de guerra de las mismas naciones que comerciaban con la Regencia, obviamente para hacer respetar sus respectivas banderas<sup>21</sup>. Incluida una escuadra napolitana a la que he de referirme después más por extenso.

Desde que en diciembre del 26 el Reino Unido abandonase la representación de las Dos Sicilias en la Regencia de Trípoli, de igual forma que lo hiciera, según quedó referido, con la de otros seis países a los que venía representando, se hizo necesario designar un cónsul o siquiera un agente a modo de encargado de negocios, en tanto se procedía a nombrar para tan delicado puesto a un diplomático profesional. La vecindad de ambos estados y la existencia en Trípoli de intereses marítimos y mercantiles de alguna importancia, y sobre todo de una colonia siciliana que proteger, imponía la designación de tal encargado. La corte napolitana, deseando iniciar con buen pie esta nueva etapa de sus relaciones con el problemático vecino, atendió una sugerencia de Yusuf Caramanli para que fuera dado el cargo a uno de sus antiguos médicos, oriundo de Nápoles, pero que siendo al propio tiempo confidente del bajá, no parece que fuera la persona más idónea para el puesto. Al menos ese era el parecer del representante español don José Gómez Herrador, largos años en Trípoli, quien traza en uno de sus despachos esta nada favorable semblanza<sup>22</sup>: «... sugeto bien conocido aquí por sus intrigas, amigo del Baxá, que lo ha pedido [como cónsul] al Gobierno de Nápoles, y que dará mucho que hacer. Por fortuna no podrá ser demasiado, hallándose en la avanzada edad de 75 años». El galeno en cuestión debió haber dejado

19. *Ibídem*: *Relación de las embarcaciones mercantes de varias naciones ... que han entrado y salido de esta rada de Trípoli de Berbería ... 1822*.

20. *Ibídem*: *Relación de los buques mercantes que han entrado y salido en este puerto de Trípoli de Berbería ... 1823*.

21. *Ibídem*, leg. 6242: *Estado del número de buques mercantes y de guerra con expresión de la bandera a que pertenecen que han entrado y salido de este puerto [de Trípoli] en el presente año 1828*.

22. *Ibídem*: J. Gómez Herrador a M. González Salmón, Trípoli 1º enero 1827.

bastante mal recuerdo, dado que hacía más de una década que se había vuelto a Italia.

El cónsul, cuyo nombre no es mencionado, se presentó en Trípoli a mediados de mayo. Al notificar Gómez a Madrid su llegada volverá a informar negativamente sobre el recién llegado, augurando que de la gestión del mismo no habría de seguirse nada bueno. «También acaba de llegar en un navío napolitano —refiere<sup>23</sup>— el cónsul de S.M. Siciliana (...). Es un médico que ha estado aquí como tal durante nueve años, y que por sus intrigas fue arrojado del país (se asegura) poco antes de mi venida en 1814. El Baxá lo ha pedido ahora, y el Gobierno de Nápoles, accediendo, puede estar seguro de que cogerá el fruto de su debilidad. Llámola tal porque, en efecto, acostumbrado este hombre a ser un criado del Baxá, ¿como dexará de serlo ahora debiéndole el Consulado?».

De entrada, afirma que Caramanli acababa de pedirle un regalo del nuevo rey de Nápoles, por haber accedido éste al trono, obsequio que en similares circunstancias últimamente no había sido exigido al Reino Unido, Francia y España. Subraya nuestro informante que el flamante cónsul prometió al bajá hacer cuanto estuviera de su parte para complacerle, «... y por consiguiente ha principiado [su gestión en Trípoli] comprometiendo a su Gobierno». En efecto, no tardó en prometer la entrega de un donativo en metálico de 4.000 pesos fuertes españoles, aunque Gómez reconoce que *todos pagaban* excepto Gran Bretaña, Francia, España y los Estados Unidos. Dice que a estas cuatro potencias no se atrevía a pedirles nada el bajá, porque lo que él consideraba *regalo*, los otros entendían ser un *tributo* inaceptable.

En el asentimiento del gabinete napolitano al expresado nombramiento y en la promesa en firme del cónsul de entregar el regalo (pese a no haber sido autorizado expresamente por su gobierno, aunque confiado en que al ser esa la costumbre se abonaría la suma), hay que ver sin embargo un gesto de aproximación para resolver el serio contencioso existente entre los dos países desde enero de

23. *Ibidem*: Trípoli 20 mayo 1827. Parece que los negativos informes que Gómez tenía del napolitano, a quien no conoció hasta su llegada a Trípoli, se los había pasado G.H. Warrington, el cónsul inglés. Pero al tratarle cambió de opinión, de forma que, no obstante la marcada anglofilia del español, cuando un tiempo después Warrington y el de Nápoles rompieron al tomar partido por sus respectivos súbditos en una reyerta entre un maltés y un siciliano, Gómez se puso de parte de su colega napolitano, al menos en los informes que pasó a Madrid, afeando la arrogancia y desmesura del británico. Refiere que éste hizo público en Trípoli «... un papel lleno de insultos y desafiándolo», por más que los cónsules español y francés, neutrales, quisieron reconciliarlo con su colega napolitano. Al final Gómez hubo de convenir en uno de sus despachos que toda la responsabilidad era del inglés, altanero y soberbio, y de cuyos «... inauditos excesos», refirió tener informado al gobierno español ... desde 1814, es decir desde su llegada a Trípoli, como en efecto así era (véanse diferentes referencias al respecto en VILAR, «La Misión franciscana...», *op. cit.*). Por supuesto el anciano cónsul de Nápoles no aceptó el duelo, pero se vió en la necesidad de ir armado a todas partes temiendo ser agredido. «Desde esta escandalosa ocurrencia —anota Gómez en uno de sus despachos al ministro español de Estado, Trípoli 30 septiembre 1827— el cónsul napolitano va siempre, según dice, cargado con su uniforme, con su espada y con dos pistolas. El inglés irá lo mismo, pero no es de temer se realice el desafío porque oportunamente se ha hecho ver a este último, que su acción sería siempre calificada de asesinato, atendiendo a la edad de 75 años, enfermedades y achaques del de Nápoles».

1825, en que al fallecer el rey Fernando I, Trípoli denunció el tratado de paz que en 26 de abril de 1816 le impusiera lord Exmouth, muy favorable para las Dos Sicilias, de igual forma que lo fueran los dictados en nombre de la corte de Nápoles por el mismo almirante de la flota británica en el Mediterráneo a Omar Dey de Argel y a Mahmud Bey de Túnez en 3 y 17 del mismo mes y año. El tratado con Trípoli preveía su vigencia en vida de ambos príncipes, debiendo ser renovado automáticamente en el caso de fallecimiento de uno u otro contra la entrega de un *regalo* o donativo de 40.000 *colonnati* por parte de la corte de Nápoles, pero a título voluntario y por una sola vez. El gobierno del nuevo monarca Francisco I, contando con el respaldo de Londres, se negó a tal pago, pero ahora que la garantía inglesa había desaparecido, Yusuf Bajá creyó llegado el momento del cobro. Eso sí, reclamando una suma muy superior (100.000 *colonnati*) y en concepto de *regalo* preceptivo o tributo, según venía siendo satisfecho con anterioridad a la expedición naval de Exmouth.

Por este y otros motivos, las relaciones tripolino-sicilianas, ya de por sí difíciles, empeoraron de tal forma durante el año 1827 y primer semestre del siguiente que para forzar un arreglo satisfactorio de las cuestiones pendientes la corte napolitana creyó conveniente enviar a Trípoli una escuadra y, en su caso, proceder al bombardeo de esa ciudad. Hay que decir sin embargo que la ruptura no se debió tanto a los incidentes del día a día como a verse privado Nápoles del respaldo británico que hasta el momento había mantenido a raya los excesos del corso y las desmedidas pretensiones económicas del bajá. Se esperaba que tal acto de fuerza en Trípoli arrancararía al bajá Yusuf Caramanli un tratado de paz estable y ventajoso como el obtenido por los sardo-piamonteses en 1825.

#### LA FLAMANTE REAL MARINA DE LAS DOS SICILIAS Y EL ACUERDO DE INTERVENCIÓN NAVAL EN TRÍPOLI

Dado que el Reino de las Dos Sicilias contaba con una flota de guerra propia, la corte y el gobierno napolitanos, bajo los efectos de la impresión recibida por el brillante desenlace de la todavía reciente intervención naval piamontesa en Trípoli, optó por una operación de fuerza para resolver de forma satisfactoria sus diferencias con el mismo contrincante.

El origen de esa escuadra se remontaba a la fundación del estado borbónico por Carlos VII en 1743. Esa flota se ejercitó sobre todo en la represión de la piratería y al corso magrebí, y en diferentes actuaciones durante las guerras de tiempos de la Revolución, hasta la destrucción parcial de la misma en 1799. Durante la ocupación francesa y régimen bonapartista la flota no llegó a resurgir en el territorio peninsular napolitano, pero sí en Sicilia, libre de esa ocupación y bajo protección británica. Este sería el punto de partida para la reorganización de la Real Marina de las Dos Sicilias desde 1815 en el marco del estado borbónico restaurado.

Un decreto de Fernando IV de Nápoles (en adelante Fernando I de las Dos Sicilias) en junio del expresado año creó el Departamento de Marina bajo la dirección del príncipe Leopoldo de Borbón, hermano del monarca, que contaba con el asesoramiento técnico del mariscal de Saint Clair, artífice real de la nueva fuerza naval. La escuadra estuvo compuesta inicialmente por tres fragatas (*Minerva*, *Sirena* y *Sibilla*), cuatro corbetas (*Aurora*, *Galatea*, *Fortuna* y *Stabia*) y dos decenas de embarcaciones menores. Hay que precisar que la mayoría de esos buques se hallaban desarmados o eran inútiles para el servicio. Solamente la *Minerva* y la *Aurora* estaban en situación de entrar en combate. Por tanto la armada en cuestión continuaba siendo más proyecto que realidad.

La Marina siciliana no tardó en cuajar a base de unidades de nueva construcción, de las cedidas o compradas al Reino Unido, y de diferentes mercantes reconvertidos en buques de guerra. Ese potencial naval fue organizado de acuerdo con una *Ordenanza General de la Real Marina* de octubre de 1818. El territorio nacional quedó dividido en tres departamentos marítimos con sede en Nápoles, Palermo y Mesina, en tanto era situado al frente del Ministerio el teniente general Diego Naselli, sucesor por tanto de Saint Clair. En el plan de modernización de la Armada fue hito importante la botadura en el mismo año del *Fernando I*, al parecer el primer buque de guerra a vapor que surcó las aguas del Mediterráneo<sup>24</sup>.

Fallecido el rey Fernando en 1825, su sucesor Francisco I imprimió nuevo impulso a la Marina mediante un plan de remozamiento de la escuadra, coordinado por el comandante en jefe de la misma el contra-almirante conde de Gras-Préville, siendo ministro de Guerra y Marina Francesco Ruffo, príncipe de la Scaletta. Los logros más reseñables fueron la botadura de la fragata *Regina Isabella* en julio de 1827 y del bergantín *Principe Carlo* en marzo del siguiente año, en tanto eran remozados otros buques más antiguos, entre los cuales la fragata *Sirena*, la corbeta *Cristina* y la goleta *Oceano*<sup>25</sup>. Aunque todas estas unidades ya habían realizado misiones diversas, entre las cuales patrullar los mares Adriático y Jónico, muy inseguros por causa de la guerra de independencia griega, todavía no habían entrado en combate. La crisis tripolina no dejaba de brindar la ansiada ocasión para un bautismo de fuego.

Scaletta y Gras-Préville tenían fascinado al monarca con la flamante escuadra, organizándole de continuo vistosas demostraciones y brillantes ejercicios tácticos. Poco a poco le fueron inclinando en favor de una intervención naval en Trípoli. De momento bastaría con enviar la fragata *Regina Isabella* y la corbeta *Cristina* en misión de reconocimiento de la rada y fortificaciones de esa plaza so pretexto de pasar instrucciones y conferenciar con el encargado de negocios napolitano. La misión fue confiada a los capitanes de fragata el barón Raffaele de

24. Véase ASn, Secs. Affari Esteri y Segreteria di Marina, a. 1815-1827; *Giornale del Regno delle Due Sicilie*, 1815-1820 y 1821-1827; *Giornale Costituzionale del Regno delle Due Sicilie*, 1820-21. Excelente síntesis sobre el tema es la de L. RODOGNA, *Storia de la Marina Militare delle Due Sicilie*. Milano: 1978, pp. 78-94.

25. RODOGNA, L.: op. cit., pp. 86-93.

Cosa y Francesco Saverio Garofalo, a quienes el cónsul dejó claro que el bajá no se avenía a acuerdo alguno que no pasara por la entrega previa de la suma por él exigida, al tiempo que señalaba un plazo de dos meses para que se le diera respuesta definitiva. En junio ambos buques se hallaban de regreso en Nápoles y la intervención fue acordada.

Siguieron preparativos febriles y fue reunida una flotilla que en el siguiente mes estaba lista para hacerse a la mar. La integraban las ya mencionadas *Regina Isabella* y *Cristina* con sus comandantes, el bergantín *Principe Carlo* y la goleta *Lampo* confiados a los capitanes Vincenzo Lettieri y Ottavio Caracciolo di Torchiarolo, y como buques auxiliares cuatro bombardas y ocho cañoneras, unas y otras mandadas por el teniente de navío Federico Roberti, el patache *Tartaro* como depósito de municiones y el buque hospital *Leone*. Finalmente se incorporó a la flota la fragata *Sirena*, que haría las veces de nave almirante al llevar a bordo al capitán de navío Alfonso Sozj Carafa, jefe de la expedición<sup>26</sup>. Sus instrucciones eran negociar un tratado de paz satisfactorio para Nápoles, y en caso de no lograrlo, bloquear y bombardear el puerto y plaza de Trípoli hasta lograr del bajá Yüsuf Caramanli la renuncia a sus pretensiones económicas.

#### BLOQUEO DE LA PLAZA Y RECHAZO POR YUSUF CARAMANLI DEL «ULTIMATUM» NAPOLITANO

La escuadra zarpó de Nápoles en 4 de agosto. La singladura hasta Trípoli fue lenta y penosa al tener que remolcar las fragatas a bombardas y cañoneras, buques en mal estado y además con excesiva carga para su escasa capacidad y velamen. Llegaron a su destino en la madrugada del 22, por tanto al término de dieciocho días de navegación.

El bajá apostó sus barcos entre los escollos situados fuera del puerto, al objeto de cerrar los canales que posibilitaban el acceso al mismo. La flota tripó-

26. *Ibidem*, pp. 93-94. Desde Trípoli el cónsul Gómez Herrador consigna efectivos ligeramente superiores: tres fragatas, una corbeta, un bergantín, una goleta, cuatro bombardas y nueve lanchas cañoneras (AHN, Estado, leg. 6242: *Diario de lo ocurrido desde la llegada a Trípoli de la escuadra napolitana... Trípoli. 1828*). Por su parte M. Ruiz Sáinz, sucesor del anterior, al hacer la estadística anual de los buques napolitanos entrados en Trípoli en 1828, hace un cómputo diferente: cinco fragatas, una corbeta, una goleta, dos lanchas y siete buques auxiliares (AHN, Estado, leg. 6242: *Estado del número...*, etc.). Ahora bien, Ruiz cuenta dos veces la fragata *Regina Isabella* y la corbeta *Cristina*, enviadas meses antes de la expedición en misión de reconocimiento, y es probable que incluya algún otro buque de guerra napolitano de visita en Trípoli en ese año. Por el contrario el embajador español en Nápoles, Miguel Boix de Begner, en su correspondencia con el ministro de Estado (AHN, Estado, leg. 6212<sup>2</sup> —Nápoles—) no aporta información alguna sobre los preparativos de la expedición, los efectivos utilizados o su desarrollo, acaso por no afectar directamente a España. Por el contrario, desde que presentara sus cartas credenciales en diciembre de 1826, informaba con puntualidad de las medidas adoptadas por el gobierno napolitano para proteger la navegación de sus nacionales y países amigos, entre los cuales España, habiendo destinado a tal fin, con base en Mesina, «... buques de guerra para convoyar y proteger por ahora los barcos mercantes de esta R<sup>1</sup> bandera y los de las naciones amigas que fuesen dirigidos hacia los puertos del mar Jónico y del Adriático, o para Malta» (AHN, Estado, leg. 6212<sup>2</sup>: M. Boix de Begner al ministro de Estado, Nápoles 1<sup>o</sup> marzo 1828).

lina estaba formada por un bergantín, cinco pequeños bergantines-goletas, una goleta y 12 cañoneras, todos ellos en situación de entrar en combate, aparte otras varias unidades en construcción o reparación<sup>27</sup>.

Después de varias operaciones de reconocimiento, Sozj ordenó echar el ancla en el punto que le pareció más apropiado y seguro, quedando los buques bastante próximos unos de otros, y optando por el despliegue en doble fila llegado el momento de procederse al bombardeo de la plaza. Las fuentes italianas consultadas son muy parcas en la descripción de esta acción naval<sup>28</sup>. Refieren que los atacantes entraron en combate el día 23, en que cuatro bombardas abrieron fuego contra el fortín situado a poniente de la ciudad. En los días 24 y 25 la escuadra permaneció inactiva, y el 26 se hizo fuego generalizado contra los fuertes y baterías del puerto y contra los buques de guerra surtos en el mismo, así como contra el castillo-residencia del bajá, acción en la que intervinieron bombardas y cañoneras pero también la fragata *Regina Isabella* y el bergantín *Principe Carlo*. En 27 se repitió el bombardeo, ahora con proyectiles de metralla y bombas incendiarias, pero siempre con poca efectividad («scarsi risultati»), por el mal estado de las cañoneras y corto alcance de su artillería. Las mismas fuentes aluden a un intento de salida de los buques tripolinos, que impidió la artillería de la fragata y bergantín mencionados, y en el siguiente día la armada levó anclas rumbo a Mesina, a donde llegó en 4 de septiembre. Nada se dice sobre las causas de tan imprevisible retirada, aunque dándose a entender que se debió al mal estado de algunos buques (sobre todo cañoneras y bombardas, justamente los que asumieron el peso de la acción), algunos errores tácticos y sobre todo al talante irresoluto del jefe de la expedición.

Existe un *Diario* español inédito sobre la acción naval napolitana de 1828 contra Trípoli, de que es autor el cónsul español en esa Regencia don José Gómez Herrador, testigo presencial de los hechos, cuyas noticias pueden completarse con las contenidas en los despachos remitidos a Madrid en esa época por el expresado diplomático, fuentes ambas en curso de publicación<sup>29</sup>. Gómez aporta una información adicional muy interesante a la que me refiero seguidamente. En ella se muestra muy crítico con los marinos napolitanos, la mayor parte de los cuales conocieron su bautismo de fuego en esta nada gloriosa empresa. Les reprocha su impericia y errores en el curso de la campaña, pero sobre todo

27. Un año más tarde, tras el febril esfuerzo realizado en los astilleros tripolinos, por cierto dirigidos por operarios navales españoles contratados en la Maestranza de Cartagena (véase M<sup>a</sup>. J. VILAR, «Españoles en Libia...», op. cit.), el bajá contaba con 31 buques de guerra, de los cuales 16 simples lanchas cañoneras. Los demás: una corbeta, cuatro bergantines, cinco bergantines-goletas, cuatro goletas y un falucho, buques armados en total con 163 cañones. AHN, Estado, leg. 6242 (Trípoli): M. RUIZ SANZ, *Estado de las fuerzas marítimas de la Regencia de Trípoli, 1829*.

28. Véase recapitulación de las mismas en RODOGNA, *Storia de la Marina Militare...*, pp. 94-95. Véase especialmente PALADINO, G.: «La spedizione della Marina napoletana a Tripoli nel 1828», *Rivista de la Colonie Italiane*, vol. III 1929, pp. 909-24 y 1003-14, cfr. BONO, *Storiografia...*, p. 46.

29. VILAR, M<sup>a</sup>. J.: «Un diario español inédito sobre la expedición de la Real Marina de las Dos Sicilias contra Trípoli en 1828», *Africa. Revista trimestrale di Studi e Documentazione dell'Istituto Italiano per l'Africa e l'Oriente*, vol. LVIII, n<sup>o</sup> 1, 2003, pp. 67-88.

los contraproducentes efectos de la misma en Trípoli, dado que ese fracaso imprimió nuevos bríos al corso, ahora más pujante que nunca; endureció la actitud del bajá Yusuf Caramanli en sus exigencias económicas hacia los pequeños y medianos estados occidentales desprovistos de potencia naval disuasoria suficiente, y disparó en la Regencia la xenofobia siempre latente de la población musulmana contra los europeos, en especial los residentes en el país.

Día a día y hora a hora Gómez Herrador desgrana en sus detalles lo acaecido en Trípoli y su puerto desde la llegada de la flota en la madrugada del 22 de agosto hasta que se hizo a la vela rumbo a Sicilia al amanecer del 29. Por tanto el bloqueo se prolongó durante siete días.

Refiere que en la mañana del 22 el cónsul napolitano fue autorizado a pasar a la nave almirante para recibir instrucciones del jefe de la expedición. De regreso, el diplomático desembarcó en las afueras de la ciudad, junto a la residencia campestre del cónsul británico George H. Warrington (las antiguas diferencias entre ambos cónsules debían estar zanjadas ya que Gómez nada dice al respecto), a quien «... entregó pliegos de su corte y una caja de oro con diamantes»<sup>30</sup> a modo de obsequio, al tiempo que solicitaba su apoyo en las gestiones a realizar con el bajá. Ambos cónsules se trasladaron a la ciudad, en la que se les unió el cónsul toscano, quien hacía las veces de intérprete, y los tres pasaron al Castillo de España<sup>31</sup>, residencia oficial de los príncipes Caramanli, bajáes de la Regencia autónoma de Trípoli.

Presentaron a Yusuf Caramanli un escrito emanado de la corte napolitana, que debería firmar, y sería añadido como protocolo adicional a un posterior tratado de paz. En este documento el bajá renunciaba a cualquier pretensión económica respecto al reino de las Dos Sicilias. Pero transcurridas dos horas (de tres a cinco de la tarde) sin obtener respuesta, los agentes europeos se retiraron. Acto seguido llegó el cónsul francés Jean-Baptiste Rousseau con su hijo y colaborador, quienes permanecieron un buen rato conferenciando con Caramanli, al término del cual llevaron al napolitano y el británico «... de parte del Baxá la petición de 24 horas para meditar»<sup>32</sup>. Pero consultado el asunto con el jefe de la escuadra, convinieron en otorgar solamente 12 horas que se cumplirían a las 6 del día siguiente. Era *vox populi* en la ciudad, y en ello conviene el cónsul español, de que Rosseau aconsejó al bajá que resistiera, en la certeza de que así obtendría una mejor posición negociadora.

A las 6,30 del siguiente día Warrington y el cónsul toscano volvieron al Castillo. Les acompañaban los vicecónsules británico y napolitano. El cónsul de Nápoles quedó en su residencia a la espera de la respuesta. El bajá la dio negativa y los cuatro se retiraron. A continuación notificaron al cuerpo consular acreditado en Trípoli «... que el Baxá sin ninguna razón ni motivo había roto el tratado que

30. GÓMEZ HERRADOR, J.: *Diario*, s.f. [véase nota 29 supra].

31. VILAR, J. B.: «El Fuerte Español o ciudadela de Trípoli a mediados del siglo XIX, y su voladura parcial en 1864, a través de la documentación diplomática española», *Africa. Rivista trimestrale di Studi...*, op. cit., vol. LVI, nº 3, sett., 2001, pp. 281-302.

32. GÓMEZ HERRADOR, J.: *Diario...*, s.f.

tenía hecho con S.M. Siciliana, y que probablemente antes de dos horas principiarian las hostilidades»<sup>33</sup>. Acto seguido el cónsul napolitano, «llamado por su Gobierno», después de entregar para su custodia los archivos y demás efectos del consulado a su colega británico, se embarcó en la nave almirante con sus pertenencias personales en compañía del vicecónsul y sus otros nacionales. Por su parte los buques extranjeros allí situados salieron del puerto para ponerse a cubierto de un bombardeo ya inminente.

Antes de iniciarse las hostilidades el cónsul francés pasó un oficio a sus colegas napolitano y británico ofreciendo sus buenos oficios para llegar con el bajá a un acuerdo satisfactorio para todas las partes en litigio, pero no tuvo respuesta. Otro intento en igual dirección practicado por el ex-ministro Hassuna Deghis cerca del jefe de la escuadra Alfonso Sozj en la nave almirante y en presencia de los cónsules inglés y napolitano tampoco dio resultados positivos. A las 11 de la mañana volvió Warrington al Castillo, ahora acompañado de Deghis y de su colega napolitano, para presentar un *ultimatum* de Sozj, «... a que debía contestar el Baxá en 2 horas, pasadas las cuales quedaría declarada la guerra, como en efecto fue así...»<sup>34</sup>.

#### EL BOMBARDEO NAPOLITANO, EJEMPLO DE IMPERICIA NAVAL

Según el cónsul de España, don José Gómez Herrador, se inició a las cuatro de la tarde del día 23. A tal efecto se adelantaron a la primera línea el bergantín *Principe Carlo*, dos bombardas<sup>35</sup> y las cañoneras, dirigiendo la operación los capitanes Vincenzo Lettieri y Federico Roberti, cuya competencia profesional quedó bastante malparada dado que abrieron fuego sobre la ciudad<sup>36</sup>, aunque por suerte para sus habitantes la mayoría de los proyectiles cayeron en el agua «... dexando intanto el castillo del Baxá, que ha sido siempre el *obgeto* [primordial de bombardeo] en estos casos, por [ser] el punto más interesante, y hallarse aislado a más de 2 tiros de bala de la Ciudad», según refiere Gómez en su *Diario*. Añade nuestro informante esta sarcástica observación: «... estos nuevos marinos parece no tenían otros enemigos que los Consulados, que todos tenían alzada su bandera [para indicar su posición]...», y a los cuales alcanzaron los pocos proyectiles que hicieron blanco, «... de todo lo cual se burla el Baxá».

El bombardeo se prolongó durante dos horas. Al cesar, se percibió bastante movimiento en la escuadra, como si se preparase «... una acción general a la noche», pero no fue así. Antes al contrario, la flota se reagrupó para protegerse por causa del fuerte viento. Su ejemplo fue seguido por los buques del bajá, reti-

33. *Ibidem*, s.f.

34. *Ibidem*.

35. Las fuentes italianas computan cuatro, pero en ese número deben incluir el bergantín, que no mencionan expresamente.

36. Sozj, en su parte oficial, referiría que fue bombardeado el fuerte que protegía el puerto del lado de poniente, versión diferente a la aportada por Gómez desde dentro de la plaza.



rados al abrigo del puerto desde las posiciones avanzadas que ocupaban en los accesos que dejaban libres los escollos.

El día 25 la flota permaneció inactiva por causa del mal tiempo, dado que persistía el mismo viento del día anterior. Habiendo cesado éste, a las diez de la mañana del siguiente día 26 se adelantaron para tomar posición de combate una fragata, el bergantín, la goleta, dos bombardas y las lanchas, quedando a retaguardia el resto de la flota. Abierto el fuego, no cesó hasta las cinco de la tarde. Gómez Herrador, contradiciendo la versión oficial napolitana, afirma que el bombardeo resultó ser muy espaciado y sobre todo nada efectivo, por cuanto fueron disparados solamente 92 proyectiles, de los cuales 65 bombas y el resto cohetes congreve, «... causando pocas desgracias»<sup>37</sup>. Concluido el cañoneo, las naves utilizadas en el mismo se retiraron para incorporarse al resto de la flota.

Al día siguiente, 27, siempre según nuestro informante español, «... principieron los mismos buques que el día anterior, idénticas operaciones, a excepción de ser 4 las bombardas». La operación se inició a las 11 de la mañana, con una hora de retraso respecto al día precedente, lo que parece indicar una deliberación más prolongada del comandante en jefe con su estado mayor, acaso por discrepancias sobre la táctica a seguir. Como en el día anterior, por más que el fuego (prolongado hasta las cuatro de la tarde) resultase algo más intenso, fue igualmente inefectivo: «... echaron 92 bombas en el agua —anota Gómez en su *Diario*— y muy pocas en el castillo nuevo de la cuarentena, sin causar el menor daño». Versión esta que desautoriza la presentada luego por Sozj de regreso en Nápoles, según la cual fueron bombardeados y alcanzados fuertes y baterías del puerto, así como la flota tripolina surta en el mismo.

La ineficacia de la acción napolitana, movió al bajá a responder con rotundidad, de forma que dispuso la salida en corso de su flota para el día siguiente. A tal efecto, refiere Gómez que en la noche del 27, sobre las 22 horas, el exministro Deghis se acercó a la residencia campestre del cónsul Warrington, donde se hallaban acogidos los otros representantes extranjeros acreditados en Trípoli y por tanto cónsules de estados en paz con la Regencia. Pidió a todos ellos contraseñas y pasaportes con destino a los capitanes de los cinco buques corsarios tripolinos listos para hacerse a la mar, con el fin de que fueran respetadas sus respectivas banderas. Al día siguiente, muy de mañana, los cónsules procedieron a la entrega de la documentación solicitada.

En el mismo día la flota napolitana maniobró como en las jornadas precedentes. Esta vez a partir de las diez de la mañana, pero sus barcos no abrieron fuego hasta mediodía, cesando el mismo a las cuatro de la tarde. Según el cónsul de España, de los 137 proyectiles lanzados tan solo cuatro «... cayeron en la ciudad [y] sin causar daño», en parte por haber sido evacuada la población («está casi desierta»).

Al siguiente día 29, sobre las seis de la tarde, la escuadra de Nápoles levó anclas y se hizo a la mar rumbo a Sicilia ante el estupor de los residentes euro-

37. GÓMEZ HERRADOR, J.: *Diario...*, s.f.

peos por tan imprevista operación y el alborozo de los autóctonos, apresurándose unos y otros a regresar a sus domicilios. Con su repentina marcha, que supo más a fuga que a retirada estratégica, los de Nápoles comprometieron el buen nombre de su nación, al tiempo que dañaban la imagen de los otros estados europeos y ponían en peligro la seguridad en Trípoli de sus respectivos connacionales. Como referiría el cónsul español en uno de sus despachos a Madrid<sup>38</sup>, «... dejando en el peor estado los intereses no solo de su Gobierno, sino de todos los cristianos en general». Desde luego resulta difícil imaginar una acción naval más torpe e ineficaz.

#### EFFECTOS NEGATIVOS DE LA REPENTINA RETIRADA NAPOLITANA: LA REACTIVACIÓN DEL CORSO TRIPOLINO

En su correspondencia oficial don José Gómez Herrador prestará considerable atención no solo a la errática incursión napolitana sobre Trípoli sino también, y sobre todo, a sus consecuencias, que temía pudieran llegar a ser devastadoras para los intereses europeos en el área.

Gómez refiere que propios y extraños se preguntaban como había sido posible tanta impericia. De entrada, los napolitanos movilizaron efectivos notoriamente insuficientes para la consecución del objetivo buscado, «... para haber intimado al país», aun en el caso de ser utilizados con acierto. Tanto más por cuanto una parte de los buques utilizados no llegaron a participar activamente en la operación, incluida una de las dos fragatas (la *Sirena*), buque insignia que siempre estuvo en retaguardia, en tanto el grueso del esfuerzo recayó en cañoneras y bombardas, barcos pesados, poco maniobreros y además en mal estado; «... sin nuevas fuerzas, sin nuevos planes y tal vez sin nuevos *gefes* —concluye— no volverá a presentarse esta escuadra».

Un juicio que apunta ya de forma inequívoca hacia las causas reales de tan desairado fracaso: insuficiencia de recursos, pero también pésimo uso de los disponibles por la incompetencia del mando y la ausencia de un plan táctico adecuado. A juicio de Gómez los fallos de la escuadra en sus operaciones resultaban «... tan obvios que están al alcance aun de los que no son marinos», habiendo de sumar a ello «... errores militares tan palpables que los han notado hasta los mismos moros»<sup>39</sup>.

Desde luego para nuestro informante resultaba incomprensible que el grueso de la flota atacante hubiera permanecido en actitud pasiva, como mero espectador, en el curso de la acción naval contra Trípoli, incluida la nave almirante, el buque más moderno y potente entre los utilizados por los napolitanos. Tampoco se entendía que hubiera estado tan agrupada en todo momento, ofre-

38. AHN, Estado, leg. 6242 (Trípoli): J. Gómez Herrador a M. González Salmón, Trípoli 1º septiembre 1828.

39. *Ibidem*.

ciendo así un blanco perfecto a la artillería de la plaza y a las cañoneras apostadas en sus accesos.

De otro lado el fuego de los atacantes, escaso y espaciado, resultó poco menos que simbólico, y por tanto inadecuado al fin buscado. Apenas cuatro centenas de disparos, que no alcanzaron ni un solo blanco digno de ser consignado. «De 300 a 400 bombas que han arrojado, apenas habrán caído 8 en la ciudad — anota Gómez en su *Diario*<sup>40</sup>—. Las demás han caído en el mar, en la playa y en la fortaleza nueva, muchas sin reventar. Al paso que situadas las bombardas y cañoneras entre los fuegos cruzados de las Lanchas del Baxá y de la fortaleza avanzada hacia los escollos, ha debido sufrir una gran pérdida como se observaba por la multitud de botes que iban a su socorro».

Hay que decir sin embargo que tales pérdidas no fueron tales, dado que el fuego de los defensores resultó ser tan ineficaz como el de los atacantes por la inoperatividad de la mayor parte de sus baterías de tierra, y por la pasividad de sus barcos, más preocupados en bloquear los accesos al puerto que en entablar un arriesgado duelo artillero, conscientes del escaso alcance de sus anticuados cañones. En cuanto al movimiento de chalupas entre los buques napolitanos, no respondía a una operación de salvamento de náufragos, dado que ninguna unidad de la flota atacante fue hundida, siendo por el contrario una manifestación más del caos existente en la misma. Esto no dejó de tener negativos efectos para los de Nápoles, por cuanto dieron la impresión al bajá y a los suyos que estaban causando considerables pérdidas al enemigo al repeler su ataque.

Al margen de los escasos elementos utilizados por los napolitanos en su incursión, factor que de entrada dificultaba la consecución de los objetivos buscados, la impericia mostrada en las operaciones y muy especialmente la ineficacia del flojo bombardeo, sentenció definitivamente la operación: 400 disparos tan erráticos que el 90% los proyectiles cayeron en el agua o en el barrio europeo inmediato al puerto, aunque por suerte la mayoría no llegaron a estallar, de forma que los tripulinos pudieron rescatarlos para usarlos en sus propias baterías. Compárense esos 400 disparos con los 34.000 proyectiles arrojados por la escuadra de lord Exmouth sobre Argel durante el bombardeo de esa plaza en 1816<sup>41</sup>, que dio por resultado el aniquilamiento de la flota argelina sorprendida en el puerto, quedando las defensas de la plaza destruidas y arrasada parte de la ciudad: «... apenas hay una casa —referiría el cónsul español<sup>42</sup>— que no haya recibido daño de consideración».

Otro fue, desde luego, el caso de Trípoli. Entiende Gómez que si las instrucciones que llevaba Sojz eran las de no exponer la flota, en la creencia de que bastaría con el despliegue de la misma y poco más para impresionar a los de Trípoli, tal táctica era errática. En su opinión quizá hubiera surtido el efecto buscado de haberse tratado de la escuadra británica, francesa o norteamericana, e incluso de una flota española, holandesa o sarda, por tener en su haber acciones navales

40. GÓMEZ HERRADOR, J.: *Diario...*, s.f.

41. PLAYFAIR, *The scourge...*, p. 274.

42. AHN, Estado, leg. 6154 (Argel): Exp.: *Bombardeo de Argel por lord Exmouth. 1816.*

rotundas contra los puertos magrebíes, Trípoli incluido, presentes en la memoria histórica de los de la ciudad. No así en el caso de la napolitana, que necesariamente tenía que *darse a conocer*.

Para ello, siempre según nuestro informante, hubiera resultado necesario «... un ataque decidido», y en el peor de los casos sacrificar una fragata para destruir el fuerte principal, con lo cual el objetivo buscado hubiera sido alcanzado en 24 horas. No se hizo así, y al sumarse a ello una nada gloriosa retirada, resultaría ahora muy difícil a las Dos Sicilias borrar esa lamentable impresión de debilidad, en tanto estimaba ser *incalculable*, por utilizar una expresión suya, el daño que tan desafortunada incursión había hecho indirectamente a las pequeñas naciones desprovistas de efectivos navales poderosos. «Estos bárbaros —sentencia<sup>43</sup>— se creen ya invencibles con sus fortalezas y sus cañoneras, cuyo número va a aumentar ya el Baxá con otras diez que hoy mismo principian a construirse. Hasta en la boca de los casi salvajes beduinos no se oye otra cosa que los feos dicerios con que el vulgo insultante distingue a la nación napolitana».

En 3 de septiembre habían salido dos buques corsarios y otros cuatro se hallaban prestos a hacerlo; «... sin duda alguna traerán muchas presas de la multitud de pequeños barcos napolitanos que diariamente van y vienen de Malta a Sicilia y Túnez», referirá Gómez<sup>44</sup>. Afirma que en Trípoli los residentes europeos todavía no habían salido del estupor ocasionado por la repentina retirada de la flota napolitana «... sin saberse porqué», cuando después de un bloqueo y ataque de seis días hubiera bastado otro más de bombardeo algo más intenso y certero para asegurar el buen éxito de la empresa. Resultaba todo tan absurdo que europeos y tripolinos esperaban que los de Nápoles habrían de presentarse de un momento a otro.

No fue así. Antes al contrario, quince días después quien arribó a puerto fue uno de los buques que habían salido en corso, trayendo consigo cuatro presas sicilianas, «... que aunque no de gran valor, sin embargo habrán arruinado con ellas algunas familias»<sup>45</sup>. Barcos y cargamentos fueron vendidos de inmediato, y aunque las 40 personas que constituían las tripulaciones y pasaje fueron entregadas al cónsul británico (encargado de los asuntos de Nápoles) para proceder a su repatriación a la primera oportunidad, el hecho produjo tristeza y preocupación entre los residentes europeos. Tanto más por cuanto todo el mundo se aprestaba a salir en corso con la esperanza de obtener una buena presa, privilegio reservado hasta el momento al bajá, pero al que este renunció a cambio de una parte en el posible botín. Al parecer la idea fue sugerida por Hassuna Deghis por entender que de esta forma el negocio sería más lucrativo para todos y que era así como se practicaba el corso en los países europeos por él visitados.

Quienes antes aconsejaban prudencia, ahora financiaban las operaciones de corso, y cualquiera que poseyera una mediana barca la armaba para salir con

43. AHN, Estado, leg. 6242 (Trípoli): J. Gómez Herrador a M. González Salmón, Trípoli 1º septiembre 1828.

44. *Ibidem*: el mismo al mismo, Trípoli 3 septiembre 1828.

45. *Ibidem*, Trípoli 18 septiembre 1828.

patente de corsario. Se utilizaron con tal finalidad hasta las barcazas del puerto y las falúas de paseo. También las embarcaciones capturadas: «... las arman con un cañón —observa Gómez Herrador<sup>46</sup>— y van a mandarlas al corso sin tocarlas en su arboladura ni demás para mejor engañar a los napolitanos».

Aunque no faltaba quien se mantuviera esperanzado de que la armada napolitana habría de presentarse por segunda vez «con más fuerza y más decisión», para el cónsul español era mejor que tal cosa no sucediera. La estación de las borrascas se echaba encima y cualquier temporal podía mandar a pique esos barcos. «Esta peligrosísima costa —dice<sup>47</sup>— es el principal baluarte que defiende a Trípoli durante nueve meses del año». Los gobernantes de la ciudad lo sabían bien, de forma que siempre procuraban provocar las rupturas en vísperas del otoño, cuando se iniciaba el mal tiempo.

Al saberse en Nápoles lo sucedido, se dio la alerta a las guarniciones costeras, y se apercibió a mercantes y pesqueros del riesgo que conllevaba hacerse a la mar por hallarse el país en guerra con la Regencia de Trípoli. Al objeto de proteger en lo posible a los buques que se hallaban navegando, se avisó por telégrafo óptico a Sorj Carafa para que desde Mesina enviase sus barcos a patrullar los mares de Sicilia, el Jónico, el bajo Tirreno y el canal de Malta, y en lo posible dificultara la salida o entrada de embarcaciones en Trípoli, al tiempo que era reforzada su flota con la corbeta *Galatea* y el bergantín *Aquila*<sup>48</sup>.

Esas y otras medidas adoptadas por el almirantazgo napolitano no pudieron impedir que los tripolinos hicieran diferentes presas, pero sin duda evitaron daños mayores. A finales de septiembre se presentaron a la vista de Trípoli una fragata y un bergantín de Nápoles para impedir o siquiera estorbar los movimientos de los corsarios, pero ya era tarde. Estos entraban y salían con toda impunidad a su vista, dado que aquellos se limitaron a situarse «... a muy grandísima distancia [del puerto] durante tres días, al cabo de los cuales desaparecieron»<sup>49</sup>. Los resultados del corso resultaron inmejorables para los de la ciudad. Baste decir que una de las falúas utilizadas por los hijos del bajá para pasearse en el puerto, armada en corso, regresó a los pocos días de marchar «... conduciendo apresados un hermoso y grande bergantín todo nuevo, y un javeque», según referiría Gómez en uno de sus despachos<sup>50</sup>. Sucesos como ese no hacían sino incentivar nuevas salidas en medio de una generalizada euforia. «Estos moros —concluye Gómez— se creen ya invencibles con sus cañoneras, en cuyo aumento trabajan a destajo multitud de operarios, así como en las nuevas fortificaciones».

El único éxito reseñable que se apuntaron los napolitanos en esta improvisada guerra naval, aunque no les compensó de tantos contratiempos y pérdidas, fue la captura de la goleta tripolina *Mabruka*, armada de ocho cañones y con una

46. *Ibidem*.

47. *Ibidem*.

48. RODOGNA, L.: *Storia...*, p. 94.

49. AHN, Estado, leg. 6242 (Trípoli): J. Gómez Herrador a M. González Salmón, Trípoli, 1º octubre 1828.

50. *Ibidem*.

tripulación de 56 hombres, que navegaba bajo el mando de Mehmet Deghis, familiar del visir de igual apellido. El buque fue sorprendido y abordado en alta mar por la fragata *Regina Isabella*, mandada por el barón Raffaele de Cosa, auxiliándole en la operación el bergantín *Principe Carlo* y su capitán Vincenzo Lettieri. La acción tuvo lugar en 27 de septiembre, y el buque tripolino fue remolcado a Trapani, donde declarado buena presa, se procedió a su venta con cuanto contenía en beneficio de las tripulaciones de las dos naves que lo capturaron<sup>51</sup>. Deghis y los suyos quedaron prisioneros.

#### UN POLÉMICO MEDIADOR Y UNA PAZ COMPRADA

Cuando todo parecía indicar una prolongación indefinida de las hostilidades, un inesperado tratado de paz puso fin a la crisis bélica.

El cónsul francés en Trípoli, Jean-Baptiste Rousseau, siguiendo instrucciones de su gobierno, la gestionó en secreto con el bajá Yusuf Caramanli, en condiciones bastante favorables para éste. Trípoli conservaba sus presas, obtenía la devolución de casi todas las hechas por los napolitanos, y recibía a modo de indemnización 20.000 pesos fuertes españoles. Unas cuatro veces superior a la que reclamase en su día el bajá como *regalo*, y cuya negativa a satisfacerla había provocado la ruptura, y el doble de la que había pedido Caramanli para ajustar la paz al producirse la retirada de la flota napolitana antes de iniciarse las salidas en corso.

Remitido con su hijo el borrador del tratado por Rousseau en un bergantín francés, la corte de Nápoles lo recibió con alivio, aceptándolo y ratificándolo en 28 de octubre de 1828<sup>52</sup>. El gobierno, y en mayor medida el pueblo, festejó como un triunfo la inesperada normalización de relaciones, que alejaba la siempre temible amenaza del corso tripolino y de sus depredaciones. De regreso el bergantín en Trípoli con la suma estipulada, trajo además para el negociador la encomienda de la Orden constantiniana y «una caja de oro guarnecida de brillantes», aparte otra caja similar para su hijo, por haber servido de intermediario, y el empleo para éste de vicecónsul de Nápoles en Trípoli. En cuanto al capitán del bergantín francés y sus oficiales, todos fueron condecorados, y los marineros recompensados con una gratificación en metálico<sup>53</sup>.

«El Baxá ha triunfado completamente de los napolitanos —informará a Madrid el cónsul Gómez Herrador<sup>54</sup>, molesto con el éxito profesional de su colega francés, con el cual siempre había mantenido frías relaciones, y por el secreto impenetrable con que éste había sabido rodear la negociación—. El

51. RODOGNA, L.: *Storia...*, p. 95.

52. Sobre la negociación y contenido del tratado véase AaE. Fonds Divers, nº 13 (Naples), exp.: *Expédition de Tripoli, 1828*.

53. AHN, Estado, leg. 6242 (Trípoli): J. Gómez Herrador a M. González Salmón, Trípoli 8 diciembre 1828.

54. *Ibidem*.

desembarco de los veinte mil duros y su conducción al Castillo se hizo dándole una publicidad nunca vista, cual fue [ir] precedido [el regalo] de una compañía de tropas reglada, sable desenvainado, etc., etc., circunstancia muy digna de tenerse presente, y que el tiempo hará ver cuanto vale. En resumen, los napolitanos serán ya siempre objeto de burla para el Baxá y los suyos, cuando [de actuar de otro modo] pudieran haber establecido su opinión y haberse hecho respetables para siempre. Si el mal recayese solo sobre ellos, poco debería importarnos. Pero, muy al contrario, serán muchos los gobiernos que deberán sufrir las consecuencias del buen éxito que ha producido a sus autores esta vil intriga». Juicio sin duda severo en demasía, ya que sin faltar en el mismo un fondo de verdad (los inconvenientes de una paz comprada), que no escapaba a la percepción de ese veterano diplomático conocedor de Trípoli, de sus gobernantes y sus gentes, rencores personales y celos profesionales le restan objetividad e independencia, y en definitiva credibilidad.

Está fuera de dudas que Rousseau, tan pronto conoció la misión mediadora que le fue encomendada desde París, alentó al bajá a rechazar las aceptables condiciones ofrecidas por el enviado napolitano para llegar a un acuerdo, y por supuesto el ultimátum de éste, en la certeza de que una mediación francesa se las procuraría más ventajosas, como así sucedió. Pero en ningún caso el tratado tripolino-napolitano responde a una iniciativa del cónsul francés (*intriga* dice Gómez), sino a un acuerdo de su gobierno. Rousseau se limitó a aprovechar las circunstancias (el deseo de Nápoles de llegar a un arreglo a toda costa) para reforzar el prestigio de Francia y el suyo propio en Trípoli (a costa del Reino Unido, hasta el momento la potencia europea dominante en la Regencia), y de paso servir sus intereses personales y los de su familia.

El cónsul español, anglófilo y nada simpatizante del negociador francés, no dejará de hacerse eco de la perplejidad de su colega británico en Trípoli al tener noticia del tratado. No era para menos, dado que desde la crisis y consiguiente retirada del cónsul napolitano era él quien se había hecho cargo de los asuntos de las Dos Sicilias en la Regencia, aparte custodiar los archivos, sellos, banderas y demás pertenencias de la representación de ese país. Tanto más si se tiene presente que con ocasión de la llegada de la flota siciliana fue él quien asumió la mediación, aunque infructuosa, con el bajá Yusuf Caramanli, y en todo momento mereció el reconocimiento de Nápoles por sus servicios (incluido un espléndido obsequio), con el ruego de que continuara desempeñando esas funciones.

Cuando el hijo de Rousseau trajo el texto del tratado con la ratificación napolitana, Gómez comprendió que el bergantín francés que arribase en 30 de agosto so pretexto de entregar al bajá «... un excelente cronómetro y un excelente hermoso antejo y telescopio» en reconocimiento por no haber querido cobrar los aparejos facilitados a unos buques franceses de paso en el invierno anterior, bergantín que procedía de Tolón vía Nápoles donde había desembarcado al nuevo embajador de Francia, en realidad llevaba instrucciones para Rousseau en el sentido de que actuara como mediador en la crisis de ese país con las Dos Sicilias y fuese restablecida la paz cuanto antes. A la vista de lo sucedido, Gómez expre-

sarà su convicción de que el tratado ajustado era una iniciativa de Francia emprendida con desconocimiento de la corte de Nápoles, que lo aceptó «... en razón de la calidad de la mediación», es decir la corte de París y el gobierno francés. O si se quiere, la aceptación por parte de los Borbones napolitanos de un gesto tutelar de los Borbones de Francia, de quienes en última instancia dependía el sostenimiento de su trono.

Desde luego Gómez acertaba en lo fundamental, lo que indica su excelente olfato político. Francia estaba resuelta desde luego a reforzar su presencia no sólo en el Mediterráneo islámico (las Regencias norteafricanas, Egipto, Levante) sino también en el europeo (apoyo a los regímenes borbónicos de España, Parma y Dos Sicilias, intervención en favor de los patriotas griegos contra Turquía). De hecho la mediación entre Trípoli y Nápoles no fue una excepción, dado que en el mismo año el embajador francés en Estambul actuó de mediador entre la corte napolitana y la Sublime Puerta, gestión que dio por resultado la firma de un tratado de comercio y navegación<sup>55</sup> entre ambos países.

Sin embargo en el caso concreto de Trípoli todo indica que la iniciativa no fue exclusivamente francesa. El gobierno napolitano, sin perjuicio de continuar apoyándose en el Reino Unido, el aliado de siempre en sus contenciosos magrebíes, e incluso de decidirse a intentar por sí mismo una acción de fuerza, de cuyos resultados cuando menos debía dudar, recabó apoyo de Francia para resolver la crisis aprovechando la llegada de su nuevo embajador, quien ofreció la mediación del cónsul francés en Trípoli siguiendo órdenes concretas del Quai d'Orsay. El mismo bergantín que desde Tolón llevó a Nápoles al embajador pasó a Trípoli con instrucciones para Rousseau, volvió a Nápoles con el texto provisional del tratado llevado en mano por el hijo del cónsul, que actuó como enlace después de haber intervenido en las negociaciones de su padre con el bajá, según quedó referido, y ratificado ese documento por la corte napolitana, el bergantín singló una vez más en dirección a la capital de la expresada Regencia, donde Rousseau hijo puso el tratado, ya ratificado, en manos de su padre y éste en las de Yusuf Caramanli, exultante de gozo por la feliz conclusión de todo aquel negocio.

No era para menos. El tratado en sí no podía estar redactado en términos más favorables para los intereses de Trípoli, y por tanto para los personales del bajá, quien se embolsó los 20.000 pesos de plata en moneda sonante y contante, mas su parte en el producto de las presas tomadas a los sicilianos. También porque sentaba un interesante y prometedor precedente en arreglos futuros de las diferencias con otras potencias. Por ejemplo de las ya planteadas con Suecia y Dinamarca, a cuyos cónsules venía reclamando las anualidades atrasadas en concepto de compra de la paz.

De hecho un mes antes del episodio napolitano, se había presentado (12 julio) en ese puerto una flotilla sueca formada por una fragata, una corbeta, dos bergantines y una goleta. Se esperaba una intimidación o ataque contra la plaza,

55. AaE, Fonds Divers, nº 13 (Naples), exp.: *Tratité entre Naples et la Porte, 1828*.



«...consiguiente a las amenazas hechas por los dos cónsules» nórdicos, según no dejaría de informar el español a su gobierno. Pero el jefe de la escuadrilla, «... que parece amabilísimo», se limitó «... a recibir obsequios de los cónsules [europeos] durante los 14 días [en] que ha estado aquí». En cuanto el bajá se percató de que el sueco venía como amigo «... cambió al momento su temor en osadía y arrogancia». «Ha pedido, pues, al Almirante le obtenga una gran cantidad de cañones a cuenta de anualidades [atrasadas]...». Concluye Gómez<sup>56</sup> que una vez más los hechos ponían de manifiesto que los únicos estados respetados por el bajá eran Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos y algún otro, «... que tienen escuadras permanentes, inmediatas y prontas a tomar venganza del menor insulto». No los demás, y por supuesto tampoco aquellos que como Suecia eran capaces de movilizar flotas, pero «... solamente para ser vistas, ya que ninguna palabra se ha cruzado sobre los insultos pasados».

Ahora bien, el definitivo retorno de Yusuf Caramanli a la tradicional economía de guerra fundamentada en la coacción, el corso y las arbitrarias exacciones sentenció su futuro y el de su dinastía. Si a esto se suma su error político de distanciarse del Reino Unido, la potencia naval con mayor presencia en el Mediterráneo y con superior influencia en el Imperio turco, y en consecuencia la única que podía garantizar la supervivencia de la Regencia de Trípoli como estado autónomo sometido solo nominalmente a la Puerta, los días de esa autonomía estaban contados<sup>57</sup>. Tanto más si tenemos presente que recién consolidada en Navarino (octubre, 1827) la independencia griega, Londres apostaba por la supervivencia, reforzamiento y modernización en lo posible del Estado otomano como garantía de estabilidad en el área, tarea abordada con entusiasmo por el sultán reformador Mahmud II (1808-1839)<sup>58</sup>. Entre los objetivos de éste se hallaba el derrocamiento de los Caramanli y el restablecimiento pleno de la soberanía otomana sobre la Regencia norteafricana regida por éstos, hasta lograr transformarla en un *vilayet* o provincia turca más, objetivo alcanzado en 1835. Un hecho en el cual el resentido cónsul G.H. Warrington tuvo intervención decisiva.

Meses después de la ratificación del tratado de referencia, habiendo obtenido don José Gómez Herrador traslado a otro puesto en Europa, y hallándose precisamente en Nápoles a la espera de su nuevo destino, remitiría al ministro español de Estado una prolija relación<sup>59</sup> sobre el episodio *napolitano* coincidente con el final de su presencia en Trípoli. Una vez más se reafirmará en su opinión

56. AHN, Estado, leg. 6242 (Trípoli): J. Gómez Herrador a M. González Salmón, Trípoli 30 julio 1828.

57. Véase MICACCHI, R.: *La Tripolitania sotto il dominio dei Caramanli*, (s.l.) 1936; SCHEBANI, S. A.: *The Qaramanli period in Tripolitania, 1711-1835*. London: 1970.

58. HASSAR, M.: *L'Europe et les destinées du Proche-Orient*. Damas. 1988, 5 vols.; PAMUK, S.: *The Ottoman Empire and European capitalism (1820-1913)*. Cambridge: 1987; QUATAERT, D.: *The Ottoman Empire, 1700-1922*. Binghamton, 2000. Una actualizada aproximación puede verse en J. B. VILAR, «La Cuestión de Oriente y el Mediterráneo», en PEREIRA, J. C. (ed.): *Historia de las Relaciones internacionales contemporáneas*. Barcelona: 2001, pp. 129-152.

59. AHN, Estado, leg. 62424 (Trípoli): J. Gómez Herrador a M. González Salmón, Nápoles 20 abril 1829.

de ser Rousseau y sus intrigas la causa primordial de la anterior crisis siciliano-tripolina, que luego dosificó hasta llegarse al desenlace final de una paz *deshonrosa* para su mayor gloria y provecho personal. Gómez nos descubre ahora las causas de la animadversión que sentía por su escurridizo colega francés. Rousseau, sin duda más inteligente y hábil que el español, al poco de llegar se había servido de éste y de su conocimiento del país (veterano diplomático, en Trípoli desde 1814) en diferentes asuntos, consultándole con frecuencia y recurriendo a sus buenos oficios en los contenciosos que tuvo con el bajá tan pronto puso el pie en la ciudad. Al hacerle estos favores, alguno de los cuales estuvo a punto de comprometer la buena relación que Gómez había mantenido siempre con Warrington, el español debió pensar en algún tipo de recompensa que el francés debió dejar entrever. Por ejemplo alguna condecoración otorgada por el gobierno de París en reconocimiento a sus servicios o una recomendación del Quai d'Orsay al Ministerio de Estado que le ayudara a obtener un ansiado traslado a Europa (pretendía el consulado general en Londres, el de la capital francesa o siquiera el de Hamburgo), dejando así de rodar por oscuros destinos en el norte de África, donde había trascurrido casi toda su vida profesional.

Gómez deseaba sobre todo abandonar Trípoli, para él inmundito agujero donde venía pudriéndose en los últimos catorce años y por cuyos gobernantes y gentes sentía el más profundo desprecio. Cuando se percató de que el francés, lejos de ponderar sus servicios a su gobierno, los silenciaba sistemáticamente, presentando los logros comunes como cosa propia y adjudicándose en exclusiva las recompensas que fueron llegando, se distanció de él y el afecto (interesado desde luego) se tornó en desconfianza, antipatía y finalmente en rencor inextinguible. Unos sentimientos alimentados con la cotidiana mortificación de tener que sufrir al vanidoso colega, alardeando siempre de su talento y buena estrella.

Rousseau, sujeto listo y escurridizo, políglota, culto y fácil comunicador, y por tanto con indudables cualidades como diplomático, venía ser la antítesis de don José Gómez Herrador. Era éste un profesional al viejo estilo, honrado, trabajador y muy tradicional en religión e ideario político (reputaba a sus enemigos de anticlericales, jacobinos y liberales), pero tan engolado, distante y altivo como un hidalgo castellano pobretón. Miraba con indulgente desprecio a los naturales del país donde ejercía sus funciones, cuyas peculiaridades culturales no comprendía y con quienes evitaba mezclarse, y lo que es peor, sentía el más sincero aborrecimiento por sus gobernantes, hasta el punto de referirse a ellos de continuo en sus despachos como *estos bárbaros*.

No sin mal disimulada envidia alude a los éxitos profesionales del negociador de la paz con Nápoles, un tanto fatuo es cierto, pero orientalista y arqueólogo de reputación internacional. Al no poderle negar méritos incuestionables, le atacará por sus costumbres y hábitos *raros*. Gustaba vestirse a la usanza árabe y pasar gran parte de su tiempo en una jaima instalada en el centro del jardín de casa, donde recibía con toda naturalidad a sus colegas europeos, forzados a sentarse en el suelo con el lógico embarazo, etc.; «... hombre singular —concluye nuestro gris diplomático en su imputación contra Rousseau—, orgulloso de pro-

ceder del célebre filósofo cuyas extravagancias ha heredado, envanecido con sus títulos académicos, aunque su mérito es solo el conocer las lenguas orientales pues su carrera literaria la ha seguido en los colegios y universidades de Arabia, Persia y Turquía, donde ha estado desde niño, vano con sus seis o siete [con]decoraciones aunque quizá habrán sido obtenidas como la de Nápoles, este hombre, repito, solo aspira a que la estampa publique su nombre, aunque sea para cubrirle de oprobio».

#### CONSEJO DE GUERRA Y DEPURACIÓN DE RESPONSABILIDADES POR EL FRACASO DE LA EXPEDICIÓN CONTRA TRÍPOLI

Firmada la paz con los tripolinos y enviado Xavier de Martino como cónsul general, llamado a permanecer en la plaza hasta su traslado a Túnez en 1834<sup>60</sup>, la armada destacada en los mares de Calabria, Apulia, Sicilia y Malta recibió orden de regresar a sus bases.

En 14 de noviembre Alfonso Sozj Carafa, ya en Nápoles, fue arrestado y sometido a un consejo de guerra. Las acusaciones fulminadas contra el marino eran las de lenidad en el ejercicio del mando, pasividad e indecisión en las negociaciones con el bajá, impericia profesional en el bloqueo de Trípoli al no impedir la salida de los corsarios, de irresolución en el ataque a la plaza, y de ser responsable único de la precipitada y contraproducente retirada de la flota, decisión tomada contra el parecer de su estado mayor<sup>61</sup>.

El consejo de guerra quedó constituido así: vicealmirante Gianbattista de Sterlich como presidente, siendo vocales del mismo el brigadier de la Armada Giovanni Staiti, los capitanes de navío Giuseppe de Blasi y Ferdinando Aguisola, y dos oficiales apellidados Spina y Stefano. El acusado alegó en su favor habersele puesto al frente de una flota improvisada, insuficiente para el logro del objeto buscado, mal equipada, con unidades en mal estado o a medio reparar, y a la que fue ordenado hacerse a la mar de forma harto irreflexiva. Insistió sobre todo en que cañoneras y bombardas, llamadas a asumir una función esencial en la posible acción naval contra Trípoli, eran embarcaciones más aptas para el desguace que para entrar en combate. Además pólvora y munición eran deficientes,

60. Xavier de Martino acreditó en Trípoli sus habilidades como negociador. Por ello, al producirse en Túnez en 1833 un áspero incidente entre el cónsul napolitano Antonio Gerardi y el bey local por haber ordenado éste castigar por una falta con 150 palos a unos sirvientes sicilianos suyos, y no haberse podido solventar la cuestión suscitada ni por el cónsul (que ofendió en público al bey) ni por un enviado especial (el comendador Mariano Caracciolo), no obstante haber llegado éste en dos buques de guerra cargados con generosos obsequios, se puso el asunto en manos de Martino, que pudo resolverlo a cambio del relevo de Gerardi (trasladado a Argel), a quien sustituyó como cónsul titular. Véase el interesante episodio, que nos introduce en los entresijos de las por lo general complejas actuaciones de los cónsules europeos en el norte de Africa, en AHN, Estado, leg. 8369 (Túnez) —especialmente los despachos del cónsul Juan B. Rizo a F. de Cea Bermúdez (26 febrero, 29 abril, 13 mayo, 6 octubre y 30 noviembre, 1833) y a F. Martínez de la Rosa (4 julio 1834)—.

61. *Giornale del Regno delle Due Sicilie*, 23 noviembre 1828.

durante el viaje de ida se pusieron de manifiesto defectos y averías en varios de los buques seleccionados para la empresa, y sobre todo eso el mal tiempo tampoco ayudó a alcanzar el deseado feliz desenlace. En cuanto a su actuación personal, dijo poder reprochársele solamente un exceso de prudencia, a su juicio justificada, ya que nada podía lograrse contra Trípoli con tan cortos elementos. En caso contrario se hubiera corrido el riesgo de un desastre, y dijo haber logrado salvar buques y tripulaciones, imprescindibles para proteger la navegación nacional y el litoral siciliano.

Aunque el proceso se prolongó hasta agosto de 1829, y la responsabilidad de Sozj en el desairado episodio naval quedó claramente establecida, el rey Francisco I optó por zanjar la cuestión y echar tierra sobre el asunto. Alfonso Sozj fue temporalmente apartado del servicio, pero se libró de un merecido castigo, reclamado por la opinión pública y muy especialmente por los damnificados por el corso.

Mejor librados todavía salieron el capitán Vincenzo Lettieri y el teniente de navío Federico Roberti, convictos como Sozj de serios errores en el desempeño de sus funciones durante el bloqueo y bombardeo de Trípoli, dado que fueron exculpados. Si bien Roberti pudo alegar en su favor el mal estado de las cañoneras que le fueron confiadas, y de la pólvora utilizada, no era ese el caso de Lettieri, cuya actuación ante Trípoli fue ejemplo de impericia profesional al frente del *Principe Carlo*, un moderno bergantín de 20 cañones, 414 toneladas y tripulado por 152 hombres, que acababa de entrar en servicio por haber sido botado en los astilleros de Castellammare di Stabia en 16 de marzo de 1828, y por todo ello considerado referente de la nueva y moderna marina napolitana. Pero Lettieri no dejó de alegar en su favor defectos del buque no percibidos antes y la imprudencia del mando al destinar a una operación de guerra un barco que no había pasado por las preceptivas pruebas. Atenuantes que no se daban en el caso de Sozj, dado que la fragata *Sirena*, colocada bajo su mando directo, y buque insignia de la expedición, era la más potente unidad de la flota de Nápoles, acreditada a plena satisfacción en servicios de vigilancia en el Adriático durante la guerra greco-turca, pero a la que el jefe de la expedición mantuvo en todo momento a retaguardia durante la incursión sobre Trípoli<sup>62</sup>.

Los restantes jefes y oficiales fueron absueltos. En especial el barón Raffaele de Cosa, sin duda el marino más competente y experimentado de la expedición, a quien en buena lógica debía habersele confiado el mando, y cuyos consejos y sugerencias fueron desoídos por Sozj. Pero Cosa no era hombre de fiar para el rey Francisco y para los políticos y cortesanos absolutistas que le rodeaban, los cuales reprochaban al marino su simpatía por la ideología liberal, tendencia acreditada en el apoyo que brindó al célebre teniente general Florestano Pepe durante la revolución de 1820 que implantó en Nápoles, aunque por breve tiempo, el sistema constitucional. Es cierto que Cosa logró ser rehabilitado tras el

62. *Ibidem*, noviembre 1828-agosto 1829. Véase también RODOGNA, L.: *Storia...*, pp. 91-92.

regreso al absolutismo, pero poner la flota en sus manos no hubiera dejado de ser una temeridad... política.

Ello no fue óbice para que se le encomendaran delicadas misiones que cumplió a plena satisfacción, siendo recompensados sus servicios con el ascenso a capitán de navío y el mando de la recién botada fragata *Regina Isabella*, el mejor y más moderno buque de la Marina Real (dos puentes y 2.529 toneladas<sup>63</sup>). Entre esas misiones figuraría la que le encomendó personalmente el rey en octubre de 1829 para que trasladase a Barcelona a la princesa María Cristina<sup>64</sup>, comprometida en matrimonio con su tío el monarca español Fernando VII.

#### ABREVIATURAS UTILIZADAS

AaE	: Archives des Affaires Etrangères (París)
AHN	: Archivo Histórico Nacional (Madrid)
ASn	: Archivio di Stato di Napoli

63. RODOGNA, L.: *op. cit.*, p. 91.

64. *Gaceta de Madrid*, 2-30 octubre 1829.